

RESEÑAS

(PÁGINA EN BLANCO)

Revista de Historia «Jerónimo Zurita», núm. 55. Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1987, 143 páginas.

Recoge este volumen de la *Revista «Jerónimo Zurita»*, en su sección primera, los textos de las conferencias impartidas en un ciclo que, sobre el *Cantar de Mio Cid*, organizó la Institución Fernando el Católico en octubre de 1986. Dado que estas contribuciones, por su localización en una revista de contenido histórico, pudieran pasar desapercibidas para los estudiosos de la Literatura española y como, además, el tema también guarda estrecha relación con la Filología aragonesa, parece conveniente facilitar en este *Archivo* un breve resumen de los aspectos examinados.

M.^a Antonia Martín Zorraquino, bajo el título «Problemas lingüísticos en el *Cantar de Mio Cid*» (pp. 7-20) da cuenta, con equilibrado criterio, de las numerosas opiniones vertidas sobre cuestiones tan problemáticas del *Poema* como su cronología, los rasgos lingüísticos que lo caracterizan, especialmente los que lo ponen en relación con el romance aragonés medieval, y los elementos intra e interoracionales más representativos que en él se atestiguan; de todo ello concluye la autora: «El trabajo crítico de Menéndez Pidal nos ha legado un texto que trata de reflejar lo que, al parecer, sería la lengua épica de la frontera oriental castellana de la segunda mitad del XII, lengua que, en parte, pervive en el texto que conservamos pero que, en buena otra parte, no parece manifestarse en él». Señala asimismo que el escepticismo de algunos estudiosos sobre la fecha de 1140 para datar el *Cantar* es comprensible, aunque se justifica sin dificultad el de los discípulos de don Ramón para con la pretensión de quienes postulan que ha de tener como único punto de referencia cronológica el comienzo del siglo XIII.

«El espacio en el *Cantar de Mio Cid*» (pp. 23-42), lección pronunciada por Juan Manuel Cacho Blecua, parte del valor simbólico que en la Edad Media cobran los más diversos elementos, para establecer a continuación, desde esa perspectiva, que las concepciones espaciales adquieren en el poema categoría artística: oposiciones como *dentro/fuera*, *centro/periferia*, *alto/bajo*, *abierto/cerrado*, *delante/detrás*, *este/oeste*, *izquierda/derecha* indican, si se quiere, trasfondos que podríamos encontrar en textos no literarios, donde serían simple exponente del reflejo de unos sistemas culturales. Pero el *Cantar de Mio Cid* es obra de arte, y la utilización de los esquemas mencionados, que el profesor Cacho analiza detalladamente, logra efectos estéticos indudables, como se pone de manifiesto en numerosos pasajes, ya desde los primeros versos: así, la casa *desolada* (1-5), las puertas *cerradas* (31-32) o la acampada *fuera* de la ciudad (59-61), constituyen motivos que resaltan la inicial situación de carencia y desamparo en que se encuentra el héroe.

José Luis Corral Lafuente y Francisco Martínez García, en «Geografía e historia en el *Poema de Mio Cid*: la localización de Alcocer» (pp. 43-64), plantean la posibilidad de aplicar, y por lo conseguido cabe afirmar que con resultados positivos, el método arqueológico al reconocimiento de los itinerarios cidianos. Hay un hecho evidente: la permanencia de muchos de los topónimos que se

RESEÑAS

citan en el *Cantar*, buena parte de los cuales pertenece a tierras aragonesas, invita a considerar que otros desaparecidos debieron tener existencia real en la etapa cronológica en que transcurre la empresa de Rodrigo Díaz de Vivar, y no ser una invención literaria. Como muestra de ello está *Alcocer*, que en los versos cidianos ocupa una posición intermedia entre Ateca y Terrer, cerca del río Jalón; sobre esta denominación han surgido opiniones variadas, aunque ninguna parece satisfactoria tras la investigación de los profesores Corral y Martínez García: mediante el apoyo en la documentación antigua, les fue posible determinar una zona que, explorada sistemáticamente, permitió localizar un despoblado de época medieval, con algunos restos de cerámica, que respondía con exactitud a la ubicación de *Alcocer* en el *Poema*; pero además, el aludido realismo, en lo que concierne a los versos 553-555 (el Cid levanta un castillo sobre *Alcocer*, «en un otero redondo, fuerte y grande») queda asegurada gracias de nuevo a documentación (*Otero del Cid*, hoy *Torreçil*) y por la arqueología, pues también ha sido posible reconocer en dicho montículo, distante unos 1.500 metros de *Alcocer*, restos de una importante aunque no demasiado extensa fortificación. De todo ello proporcionan los autores abundante material fotográfico.

Los tres trabajos reseñados poseen mérito suficiente para ser tenidos en cuenta por la crítica especializada: en el primero, el lector encontrará una cumplida síntesis de temas muy debatidos, sobre todo de índole lingüística, que plantea el *Cantar*, tarea ardua si se piensa en la abundante bibliografía a ellos dedicada; en los otros dos, vías de aproximación escasamente transitadas en el estudio de la gran obra épica de la Literatura española.

J. M. E.

Manuel ALVAR, *Estudios sobre el dialecto aragonés* (vol. I). Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2.^a ed., 1987, 364 páginas.

Hacia tiempo que este libro de M. Alvar se había agotado, por lo que es de agradecer la reimpresión que ha llevado a cabo la Institución Fernando el Católico con el fin de facilitar su consulta a los especialistas.

Como el mismo autor indica en la *Introducción*, los artículos que aparecen aquí agrupados vieron la luz en publicaciones no siempre de fácil acceso; aunque abarcan un largo período de tiempo (desde los orígenes del dialecto hasta el siglo XV) y presentan diversidad temática y metodológica, como todos ellos se centran en cuestiones que conciernen específicamente a la filología aragonesa, su reunión en este volumen les confiere una coherencia de la que antes carecían. Recuérdese, por otro lado, que una nueva recopilación de trabajos redactados por M. Alvar, de características similares y con idéntico título, tuvo lugar en 1978.

El libro se divide en cuatro partes. En la primera (*Latín notarial*) se incluyen «Graffias navarro-aragonesas» (pp. 13-46), «Elementos romances en el latín notarial aragonés (1035-1134)» (pp. 47-109) y «La formación del apellido en los antiguos documentos aragoneses» (pp. 111-161); la segunda, dedicada a *Historia y Lingüística*, contiene «Colonización franca en Aragón» (pp. 165-193) y «Onomástica, repoblación, historia (los *Establimentz* de Jaca del siglo XIII)» (pp. 195-225); la tercera sección, que trata sobre *Textos aljamiados*, presenta «Interpretación de un texto oscense en aljamía hebrea» (pp. 229-248) y «Apostillas lingüísticas al *Fecho de Buluquía*» (pp. 249-269); la última parte versa sobre *Literatura y Dialectología*, y en ella constan «Rasgos dialectales en la *Disputa del alma y del cuerpo*» (pp. 273-281) y «Un zéjel aragonés del siglo XV» (pp. 283-295). El apartado relativo a las *Abreviaturas bibliográficas* y un utilísimo *Índice de palabras* ocupan las páginas finales de esta publicación.

No parece necesario informar al lector interesado sobre el contenido de las contribuciones enumeradas, dada su obligada consulta en cuantas tesis doctorales e investigaciones de todo tipo han abordado el tema del aragonés medieval. Queda así cumplido el sencillo propósito de esta reseña informativa, que sólo ha pretendido dar cuenta de la reedición de una obra básica para los estudios filológicos sobre Aragón.

J. M. E.

Pedro MARCUELLO, *Cancionero*. Edición, introducción y notas por José Manuel Bleuca. Zaragoza, IFC, 1987, 325 páginas.

Bien recibida ha de ser, sin duda, la excelente edición del *Cancionero* de Pedro Marcuello llevada a cabo por José Manuel Bleuca, pues saca a la luz la obra poética de un autor aragonés de finales del siglo XV, obra que ha permanecido en el olvido durante cinco largas centurias.

En una breve pero sustanciosa *Introducción*, José Manuel Bleuca nos informa sobre el autor y sobre las características del *Cancionero*. Las noticias biográficas de Pedro Marcuello son fragmentarias: se sabe que fue vecino de Zaragoza y alcaide de Calatorao, que casó con Gracia Marco y tuvo, al menos, una hija, llamada Isabel, que aparece con frecuencia en el *Cancionero*, del que también pueden extraerse otros datos relativos a la vida del autor.

El códice que contiene el *Cancionero* ha tenido una agitada trayectoria espacial, cambiando de dueño varias veces: Cartuja del Aula Dei de Zaragoza, Londres, el duque de Aumale, Museo Condal de Chantilly. Consta de 148 folios, con letra «muy bella y uniforme» del siglo XVIII, y 58 preciosas miniaturas.

El *Cancionero* está dedicado a la infanta doña Juana y lo constituyen dos

tratados de breve extensión que Pedro Marcuello ofreció a los Reyes Católicos en 1482, más otros poemas fechados por el editor entre 1482 y 1502.

Desde el punto de vista literario su valor es escaso. Escrito todo él en quintillas dobles de versos octosílabos —salvo el poema «Monstrate esse matrem», cuyos versos son hexasílabos— resulta bastante monótono. Tampoco la temática es más variada: el *Cancionero* es un continuo ruego a Dios, a la Virgen y a los santos por la vida de los Reyes Católicos y la expulsión de los moros de Granada. Unas veces las invocaciones están puestas en boca del autor, otras en la de su hija, yendo normalmente precedidas de la miniatura que representa al personaje invocado y seguidas de la respuesta de tal personaje. La frecuente presencia de Isabel, hija del autor, a lo largo de los poemas responde, más que a un artificio poético, a la pretensión de Pedro Marcuello de obtener para ella un puesto al lado de la infanta doña Juana.

En cuanto al estilo, se muestra a todas luces «insuficiente», tal y como dice el propio poeta, aunque en alguna ocasión se observa cierta destreza en la descripción de personajes o lugares (por ejemplo, cuando presenta a su hija y a su mujer enfadadas con los moros de Zaragoza o de Calatorao, o cuando describe el hospital de la reina en el cerco de Granada).

De todo ello resultan unos poemas reiterativos y de poca validez poética. Lingüísticamente, en cambio, el *Cancionero* de Pedro Marcuello ofrece mayor interés. A través de él pueden rastrearse las características de la lengua castellana de finales del siglo XV. La alternancia entre *f-* y *h-*, la mezcla de voces cultas con vulgarismos, la presencia de formas verbales como *sabés* 'sabéis', *tomarés* 'tomaréis', etc., son algunos de los rasgos destacables que nos ofrece el texto.

Interesante es también la presencia de ciertos aragonesismos que se hallan diseminados a lo largo de los poemas. Sirvan de muestra los siguientes: *naçidicos*, *chiquiticos*, *consello*, *a tú*, *dir* 'decir', *fardalla*, *jubo*, etc. La aparición de rasgos aragoneses revela la procedencia de Pedro Marcuello, autor de los conocidos versos que rezan así:

Deste yelmo, la cimera
trahe dos sinificados
destos Reyes prosperados:
Llámala Castilla ynojo,
ques su letra de Ysabel
y de Ihesús Hemanuel.
Llámala Aragón ffenojo,
ques su letra de Fernando
y de ffe, las dos de vn vando.

Con siete páginas de *Notas*, en su mayoría referidas al léxico, concluye esta esmerada edición de José Manuel Blecua, edición que se enriquece, además, con la magnífica reproducción de las 58 preciosas miniaturas contenidas en el códice. «¡Lástima —dice José Manuel Blecua— que la poesía del buen Pedro Marcuello esté tan lejos de las bellísimas miniaturas!».

M. L. A.

Juan A. FRAGO GRACIA y José A. GARCIA-DIEGO, *Un autor aragonés para «Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas»*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1988, 146 páginas.

El compendio titulado *Los veintiún libros de los ingenios y de las máquinas* constituye una muestra sobresaliente de los saberes técnicos y científicos del Bajo Renacimiento español en lo que concierne a la ingeniería hidráulica. Hasta hace pocos años se venía atribuyendo su redacción, sin el adecuado análisis crítico, al italiano Juanelo Turriano; sin embargo, son múltiples los indicios que apuntan hacia el origen aragonés del autor. Y el propósito de la publicación reseñada persigue, como fin más directo, establecer la raigambre aragonesa de quien elaboró este interesante tratado técnico-científico. Para ello dos investigadores —Juan A. Frago Gracia, desde la perspectiva filológica, y José A. García-Diego, ingeniero, estudioso de la Historia de la Ciencia y de la Técnica y, además, editor en 1983 de *Los veintiún libros*— han aunado sus esfuerzos en un trabajo interdisciplinario de muy loables resultados.

A J. A. Frago corresponden los nueve primeros capítulos de la monografía (pp. 11-92), dedicados especialmente a un análisis lingüístico exhaustivo de las peculiaridades idiomáticas del texto, aunque se abordan también otras cuestiones relativas a historia cultural y transmisión textual (pp. 75-83), así como a la experiencia italiana de quien lo escribió (pp. 17-26). Su conclusión es tajante: en modo alguno cabe la atribución de *Los veintiún libros* a Juanelo Turriano, pues «no pudo ser su autor sino un español, en cuya lengua convivían rasgos morfológicos arcaicos en trance de desaparición con otros llamados a generalizarse con exclusividad (*ternía - tendría, amarlo he - amaré, tenella - tenerla*), todo ello bastante matizado por peculiaridades de una morfología reminiscente del dialecto aragonés. Hay asimismo muestras de la impronta dialectal en la sintaxis, que de ninguna manera es posible tachar alegremente de desordenada o torpe y, mucho menos, de impropia de un hablante-escribiente nativo del dominio hispánico [...]. Es en el léxico donde con mayor claridad resplandece el carácter aragonés del autor de *Los veintiún libros*, el cual al vocabulario usual en su región recurre a veces con actitud reflexiva, casi filológica» (pp. 87-89).

Entre los rasgos aducidos, que no se atestiguan sistemáticamente, se encuentran —aparte de arcaísmos comunes con otros ámbitos de la lengua española— hechos gráficos y fonéticos como el empleo de *h* expletiva (*leher, veher*), la confusión de *ch* por *c - z* (*chilindro, rechumava*), la alternancia entre las grafías de las sibilantes medievales /*š, ž*/, de una parte, y /*s, z*/, de otra (*quezo, encienço, espolvorizado, vasío, exersisio*), la conservación de *f*- etimológica (*fornazas, filo, figuera, farinero*), o de los grupos consonánticos *fl-* (*flamas*) y *-ns-* (*ansa*)¹; desde el punto de vista morfosintáctico hay que mencionar la omisión del artículo ante nombres de ríos (*por Guadalquivir*), el género que

1. Fenómenos vulgares como *gleda* por *greda*, *alcabuz* por *arcabuz* o *tiniendo* por *teniendo*, etc., quedan sobradamente compensados por la clara incidencia del cultismo léxico en las páginas de *Los veintiún libros*.

acompaña a determinados sustantivos (*los dos señales, la canal*), formas analógicas verbales (*hiziendo, tuviendo, uviéndose, cabería*), construcciones prepositivas con *ultra* (*ultra desto*), *cara* (*cara el río*) y *ad* ante vocablo que comience por *a-* (*ad aquellas*), recurso al futuro de indicativo en oraciones de relativo, principalmente en las relativas de generalización, y además en las temporales de posterioridad, modales y comparativas (*en la ceniza mentre que arás, quando se querrá hazer yr al suelo*), y al refuerzo de la negación mediante el sustantivo *punto* (*no verterá punto de agua*), aspecto el último que también podría atribuirse a influjo italiano.

En cuanto al léxico, es casi omnipresente el desdoblamiento de los dialectalismos con voces de significado idéntico o equivalente generales en el español de la época (aguaducto o *maripunte*, *falcas* o *cuñas*, *ruello* o *muela*). Interesa consignar a este respecto que, a lo largo de la obra, ha podido el profesor Frago inventariar un centenar bien cumplido de genuinos aragonesismos (*acirón, adaza, adoba, alguaza, aljeceño, almenara, almute, amerar, ansa, arañón, avete, azarollo, azute*, etc.). Añádase que el vocabulario regional del autor, que parece haber conocido muy bien las tierras del Aragón Medio y Teruel, incluye un grupo muy caracterizado de voces (*ascla, cajico, esquina* 'espinazo, lomo', *furicón, graila, masclo, molsa*, etc.) que induce a adivinarle cuna altoaragonesa y, si se atiende a otros indicios como el de los rasgos seseo-ceceosos puestos de relieve a través de numerosos errores ortográficos (*encienço, espolvorisado*, etc.), puede señalarse el tercio oriental del Alto Aragón como lugar de nacimiento del misterioso escritor científico.

J. A. García-Diego plantea igualmente en los capítulos finales del libro (X-XII, pp. 95-137) la cuestión de la autoría de *Los veintiún libros*, indagando en fuentes que ya no son filológicas; complementariamente, intenta precisar, a través de dichos criterios, la cronología más razonable de su redacción, además de destacar la importancia de los españoles del Renacimiento en la elaboración de tratados de hidrotecnología, pues españoles fueron los autores de los tres primeros compendios de que hay noticia: José Girava, Giovanni Francesco Sironi, milanés que siempre trabajó para Felipe II, y el anónimo escritor de *Los veintiún libros*.

J. A. García-Diego refuta la atribución del compendio a Juanelo Turriano y a Pedro Juan de Lastanosa quien, aparte de presentar un estilo muy distinto en otras aportaciones suyas, murió en 1576, fecha temprana para su redacción; otros datos se oponen asimismo a tal autoría, como la alcurnia aristocrática de Lastanosa y su humanismo extraordinariamente cultivado, del que ni siquiera hay breves alusiones en la obra que se le atribuye.

Respecto a la datación cronológica, J. A. García-Diego ha estudiado, con la colaboración de Carmen Bernis, el vestuario que reflejan los dibujos descubiertos junto a los manuscritos del tratado para deducir que el códice es posterior a 1590 y que debe fecharse, por tanto, entre 1590 y 1600 o, a lo sumo, entre 1585 y 1610.

Fue, pues, el autor de *Los veintiún libros* aragonés y, de acuerdo con los rasgos lingüísticos analizados, posiblemente oriundo de la zona oriental de la

provincia de Huesca; por los datos consignados en el texto, parece, más que funcionario de la Corona, ingeniero constructor a pie de obra; conocía exclusivamente Aragón (ampliando un poco este territorio con zonas de Levante y Cataluña, aunque aquí no se puede diferenciar bien lo que se debe a la propia experiencia o a la información recibida) y, fuera de España, aproximadamente la mitad septentrional de Italia —de ahí, el italianismo léxico—, de modo especial Lombardía, los Estados Pontificios y la República de Florencia. Fue probablemente autodidacta, pues no demuestra en su compendio preparación universitaria ni un estudio sistemático de Humanidades, a pesar de los escritores clásicos que cita; poseyó, no obstante, una innegable agudeza mental que le permitió asimilar extensos conocimientos; precisamente lo que aprendió por la práctica profesional o por sus aficiones personales debió quedar recogido en el original de *Los veintiún libros*: varios copistas pondrían en limpio lo que él redactó y, como no todos conocían los aragonismos, cometieron algunos errores que se atestiguan en el códice, lo que indica que no se realizaron las necesarias correcciones finales.

La conjunción de la Filología con la Historia de la Ciencia, tan coherente en la monografía que comentamos, ha servido para fijar la personalidad aragonesa de quien redactó *Los veintiún libros*, título que ya puede añadirse a los no escasos que ha producido el quehacer científico aragonés. Tanto Juan A. Frago como José A. García-Diego han sabido pacientemente entretejer los datos que les han guiado —con una razonable prudencia— a su conclusión definitiva. Y el libro en el que exponen sus argumentos, magníficamente presentado, con abundante documentación gráfica, refleja un deseo sincero, por parte de ambos investigadores, de rescatar a un autor de origen aragonés que, a través de su tratado, fue capaz de recoger con plenitud los saberes hidrotecnológicos de finales del siglo XVI, convirtiéndose así en fuente imprescindible para la historia de la ingeniería hidráulica.

J. M. E.

María Teresa CACHO, Fray Jerónimo de San José. Antología poética. Borja, Centro de Estudios Borjanos/Institución «Fernando el Católico», Col. «Temas Literarios», 1987, 200 páginas.

Desde que en 1876, la Diputación Provincial de Zaragoza en la serie «literaria» de su magnífica Biblioteca de Autores Aragoneses —perfectamente orientada por Tomás Ximénez de Embún— publicase *Poesías Selectas* de Fray Jerónimo de San José, este autor, tan alabado y considerado en su época, apenas ha merecido un tratamiento directo y, sobre todo, un tratamiento con carácter divulgativo o, llamémosle, de conocimiento más amplio que el reducido al mero círculo universitario o investigador. Ciertamente que desde el mismo siglo XVII en que vivió y escribió, parte de su obra ha sido estudiada o ha merecido el obligado

parabién, dadas sus cualidades, pero siempre de forma tangencial, englobado en panorámicas generales o como soporte explicativo de otros literatos del momento. Por ello, pese a la aparente modestia de esta publicación que nos ofrece el eficaz Centro de Estudios Borjanos y a la también manifestada modestia de la que hace gala María Teresa Cacho en la sucinta pero densa introducción, debemos considerar la iniciativa y el estudio como lo que representa y en esencia es: la colocación de la primera piedra para la comprensión definitiva del edificio literario de Fray Jerónimo de San José (Mallén, 1587), pues no sólo cumple con el propósito de «acercar un poco la figura y la obra de este escritor a los aragoneses, para que conozcan algo mejor nuestra historia literaria y como recordatorio de la tarea de recuperación de nuestro pasado histórico y cultural, en la que tanto queda por hacer...» (p. 7), sino que se constituye como el punto de partida para la realización de una *edición crítica* de todos los escritos de Fray Jerónimo. Una empresa obligada que debe ser acometida y avalada, y en la que María Teresa Cacho deberá ofrecernos todos sus conocimientos y años empleados en el estudio de la producción del de Mallén, puesto que a pesar de la existencia, cada vez más numerosa desde hace quince o veinte años, de artículos y estudios en torno al XVII literario aragonés —vienen a la memoria desde los lejanos Ricardo del Arco (1934) o José María Castro y Calvo (1937)..., hasta las recientes aportaciones de Aurora Egido tales como *La poesía aragonesa del siglo XVII. Raíces culteranas* (1979) o *La literatura en Aragón: de los orígenes a finales del XVIII*, en el tomo séptimo de la *Enciclopedia Temática Aragonesa*—, en torno a sus academias, a sus formantes y a sus estilos, apenas existen monografías precisas que buceen a fondo en las abundantes personalidades literarias habidas en este momento histórico: los Pellicer, Martín Miguel Navarro, Ustarroz..., o el mismo Fray Jerónimo de San José.

Tal como indica el mismo título de *Antología poética*, la aportación de María Teresa Cacho con esta publicación supone una rauda y ejemplificadora muestra del quehacer *poético* de Fray Jerónimo de San José —Jerónimo Ezquerro de Rozas y Blancas antes de tomar los hábitos—; una muestra que intenta —y lo consigue— poner al alcance del lector común, interesado por lo literario, todo el abanico temático y métrico del autor, y del que, de seguro, saldrá asimismo beneficiado el investigador o estudioso erudito. La idea de conjunto en torno a la literatura de Fray Jerónimo de San José, ya de por sí visible con la lograda selección de textos ejecutada por María Teresa Cacho, se encuadra claramente con los sencillos apartados existentes en la introducción y que giran alrededor de la «doctrina literaria» y a los «temas y estilo» (pp. 19-34). En aras de una mayor comprensión y aprovechamiento y de acuerdo, además, con el propósito divulgador, la autora ha tenido a bien modernizar la ortografía y puntuación de todos los poemas, citando, asimismo, para el posible trabajo del estudioso interesado, la procedencia de los textos seleccionados —manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, Archivo de Alcañiz...—.

Temas como lo ascético-místico (retórica del desterrado con Fray Luis al fondo), la alabanza de lo religioso (nacimiento, pasión de Cristo, Apóstoles, Virgen, Sta. Teresa, El Pilar...), la caducidad de lo terreno, la exhortación moral, el *Carpe diem* trascendido en una comparación vida terrena/vida eterna, la amistad, la naturaleza, el sueño, la vertiente satírica, el uso del emblema...

están representados en la antología, mostrando, por lo general, además de la concepción poético-temática del autor y su momento, la lograda utilización de los recursos literarios habituales a lo largo de la producción del aragonés. Añádanse asimismo la selección de algunas traducciones ejecutadas por Fray Jerónimo y las composiciones dedicadas a ciudades y personalidades. En suma, una apetecible visión que nos acerca a la personalidad creativa del poeta Jerónimo de San José, argensolista y clásico a la vez que enemigo del «precipicio del hablar y escribir» que encarnaba Góngora; una apetecible visión pero con la sensación real de la fragmentación, puesto que apenas sabemos —salvo ese «esbozo biográfico», tan denso en noticias como suave en la lectura— de su vertiente histórica, preceptiva y epistolar —no se olvide la correspondencia mantenida con Ustarroz durante 15 años, que son 15 años de historia literaria de Aragón—, terrenos todos ellos que, junto a la erudición manifiesta, dieron relumbre y nombradía a nuestro autor. Así, desde su *Avisos para el buen suceso de las armas católicas*, tratado de erudición político-militar, hasta el imprescindible, para la comprensión de la época, *Genio de la historia*, la obra cumbre por lo que tiene de aportación en cuanto al estilo y la preceptiva (añádase, por ejemplo, *Historia del Pilar*), y sin olvidar toda su labor «sanjuanista», a veces no exenta de calificación literaria como lo demuestran sus acertados comentarios sobre el *Cántico espiritual* de San Juan de la Cruz (es decir, *Dibuxo de la vida del venerable padre fray Joan de la Cruz*, 1629, *Historia del venerable padre fray Juan de la Cruz*, 1641) y otras obras canónicas, quedan al margen y sin conocimiento para el público en general; vacío que imposibilita el perfecto juicio para dibujar la figura del gran prohombre literario que fue Jerónimo Ezquerro o de San José. Figura que desde la misma orden religiosa, en tal vertiente, ha sido motivo de estudio de manera profusa, y a la que, sin embargo, le falta el merecido tratamiento literario. Si repasamos la bibliografía —incluso la aportada por María Teresa Cacho en la antología que comentamos— tan sólo Ricardo del Arco (1944), José Manuel Blecia (1945), Joseph Lion (1950) muestran los datos más recientes centrados sustancialmente en su persona, si bien en obras generales o en panorámicas de siglo o de entorno aragonés (caso de Aurora Egido, por ejemplo) es abordado tangencialmente. Urge, pues, una edición crítica de las obras o, al menos, un estudio centrado en el conjunto de la personalidad literaria y cultural de Jerónimo de San José. La *Antología* de María Teresa Cacho es la piedra de toque. Ojalá, sea el inicio de la empresa citada.

Ramón Acín

M.^a Rosa FORT CAÑELLAS, *Relación del léxico catalán con el aragonés en documentación primitiva aragonesa*. Zaragoza, Diputación General de Aragón, Colección «Estudios y Monografías», 1986, 49 páginas.

Todo trabajo sobre el dialecto aragonés, ya sea desde una perspectiva fonética, morfosintáctica o léxica, en el que se evidencie el estrecho vínculo que existió entre la zona dialectal aragonesa y la lengua catalana en el Medievo, tendrá siempre una buena acogida entre los estudiosos de estas áreas lingüísticas. En esta ocasión, M.^a Rosa Fort se ha propuesto analizar el léxico de los diplomas aragoneses de los siglos XI-XII, para especificar después dos aspectos fundamentales: *a)* las coincidencias léxicas catalano-aragonesas, y *b)* las voces catalanas que, si bien por su evolución fonética resultan típicamente aragonesas, no ha documentado en otros textos medievales aragoneses. Para ello, ha seleccionado un copioso número de documentos notariales que, redactados en latín tardío, contienen rasgos de un incipiente romance aragonés.

Desde que G. Colón reseñara en 1976 la existencia de unos diasistemas latinos que constituían el tronco de un grupo de romances y la afinidad léxica del dominio catalán y del aragonés, son muchos los dialectólogos que se han ocupado de demostrar la íntima relación —y no precisamente dependencia— existente entre ambos. En la obra que reseñamos, la autora señala en la *Introducción* que el léxico de los diplomas estudiados, fundamentalmente castellano y aragonés, revela, por un lado, la penetración del catalán en las colecciones diplomáticas de Obarra, Casbas, Roda y de la Catedral de Huesca y, por otro, pone de manifiesto que el catalán «debe ser estudiado [...] en relación con el aragonés y el occitano, para poder comparar las preferencias léxicas (además de las morfológicas y fonéticas) de cada lengua, y establecer de este modo los casos de conformidad catalano-aragonesa».

Tras las páginas introductorias se ofrecen —agrupadas en los dos apartados indicados en párrafos anteriores— 88 variantes, 37 catalanismos y 51 catalano-aragonesismos. La riqueza, interés e importancia lingüística del material recopilado es evidente, pues junto a los caracteres léxicos del aragonés medieval, pueden analizarse además los rasgos fonéticos específicos del mismo y sus coincidencias con el catalán. Si bien no es éste el propósito de la obra, en ocasiones la autora da buena muestra de su preparación dialectológica al comentar los procesos fonéticos comunes en *coma*, *choma*, *diners-dines*, *filla*, y la pervivencia de la terminología medieval en el habla viva actual aragonesa: así, se indica la gran vitalidad de la voz *boga* ‘hito, mojón’, en el Alto Aragón y en la franja oriental de Aragón, según recogen los mapas 23 y 24 del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*. Lo mismo cabe reseñar de los 37 catalanismos; no obstante, en ellos se han deslizado catalanismos conocidos también en documentación medieval aragonesa (así, *scax-scaxos* figuran en los *Inventarios aragoneses* analizados por B. Pottier; *neulas-neules* se hallan más de una vez en los diplomas aragoneses de los siglos X-XI; *cap* ‘parte extrema, extremo superior’, ‘cabeza’ consta en el *Léxico del comercio medieval aragonés*, etc.).

Completan la obra los apartados de abreviaturas documentales y biblio-

gráficas y un utilísimo y minucioso índice léxico en el que se enumeran las voces etimológicas, las estudiadas en la *Relación* y las de las distintas fuentes bibliográficas empleadas en la elaboración del trabajo.

Puesto que la propia autora menciona al comienzo de su estudio la necesidad de comparar las preferencias léxicas del catalán y del aragonés, quizá debiera haber resaltado, a modo de conclusión y como complemento, la relación entre el léxico catalán y el aragonés que se puede deducir de la documentación empleada, así como las particulares preferencias que una y otra zona dialectal presentan.

Angeles Libano Zumalacárregui

José ALTABA ESCORIHUELA, *Palabras locales, comarcales y regionales*. Zaragoza, Librería General, 1985, 159 páginas.

Con el título de *Palabras locales, comarcales y regionales*, precisado en su interior como *Teruel. Peculiaridades de nuestro léxico popular (más de tres mil palabras de uso popular regionalista)* ofrece don José Altaba un vocabulario de voces pertenecientes —algunas de manera exclusiva— a Teruel, provincia que en muchos aspectos sigue siendo la gran desconocida en Aragón; sus comarcas poseen una gran riqueza lingüística, sólo parcialmente estudiada, ya que las investigaciones dialectales se han centrado preferentemente, dada la vistosidad de las hablas pirenaicas, en el Alto Aragón. Parece, por lo tanto, interesante, entre los abundantes vocabularios dialectales, la aparición de uno dedicado a la provincia de Teruel, que atiende especialmente a las comarcas del Bajo Aragón y el Maestrazgo.

Las palabras recogidas en este libro poseen diversa difusión, desde las que se limitan a una localidad hasta las que se extienden por varias o alcanzan a toda la región aragonesa e, incluso, a otras vecinas. Se agrupan en cuatro apartados de dimensión variable.

La primera parte, sin duda la más importante, se dedica a palabras originales o propias, e incluye 2.500 vocablos, precisando, cuando el autor la conoce, su localización; entre ellos se encuentran formas presentes en diversos repertorios dialectales y que se anotan en buena parte de Aragón (*encorrer* 'perseguir', *fiemo* 'estiercol'), junto a otras que parecen exclusivas de algunas poblaciones o comarcas turolenses (*bureza* 'maleza', 'broza', *convoyar* 'agasajar', *manchinarse* 'columpiarse'). Se leen, asimismo, términos que normalmente se han situado en otros lugares (*esbarizar* 'resbalar', *lorza* 'bolsa o arrugas de la ropa', localizados por Andolz en Huesca), o que tienen significados diferentes a los propuestos por el DRAE para el español general o por vocabularios dialectales para otros

puntos aragoneses (*bardera* 'romeros o maleza', *guincho* 'bancal pequeño y estrecho').

Un segundo grupo (de 826 entradas) se dedica a palabras que ofrecen discrepancias fonéticas o morfológicas con respecto a las castellanas; se mezclan aquí, y sería interesante diferenciar, rasgos propiamente vulgares (*abujero*, *almario*, *güete*) con divergencias que responden al tratamiento aragonés (*desfolliñar*, *finollo*, *jinebro*), sin que podamos estar de acuerdo con las explicaciones de algunos de estos fenómenos. Se repiten, además, algunas formas que habían aparecido en el primer apartado y que, realmente, responden a vulgarismos (*apiazar* 'apedazar', *al consolante* 'al consonante').

La tercera parte se divide a su vez en dos capítulos que agrupan las palabras ya aparecidas en los apartados precedentes; en el primero de ellos se ordenan por su conexión o contenido, y así se incluyen nombres propios de personas o poblaciones, términos relacionados con la agricultura, animales mamíferos, frutos, etc., mientras que en el segundo se reúnen por su significado sinónimo o análogo.

Finalmente, señala el autor algunas voces que parecen regionales y son castellanas, para lo cual sigue el criterio de incluir las formas que suelen figurar en los vocabularios dialectales y que se leen en el DRAE. A este loable —y difícil— propósito, se le podría criticar el hecho de que no siempre el *Diccionario académico* es justo en sus apreciaciones geográficas. Se encuentran casos sin duda acertados (*mangar*, *bizco*), pero en otras ocasiones parece que debería mantenerse su carácter dialectal (*golfo* 'gozne', *canetes* 'puntas de maderos que salen en el alero del tejado').

Se trata, en definitiva, de un trabajo meritorio —ya que su autor no es un especialista— que cubre un vacío existente con aportaciones interesantes, puesto que ofrece palabras que no se han registrado en otros vocabularios; aunque podrían criticarse ciertos aspectos, como la falta de distinción de fenómenos vulgares y dialectales, o algunas de las etimologías propuestas, puede, sin duda, contribuir a ese mejor conocimiento —tan necesario— de la realidad lingüística de Teruel.

R. M. C.

Manuel ALVAR, *El envés de la hoja*. Zaragoza, IFC, 1982, 159 páginas.

Es éste un libro que nos acerca, de manera muy clara y amena, al quehacer del dialectólogo; pero no a los logros conseguidos, sino a la intrahistoria del trabajo de campo: las gentes que, con su palabra, le dan sentido, las circunstancias imprevistas, las dificultades —pequeñas o grandes— que surgen en la

investigación, así como las satisfacciones que a ésta acompañan. Pero, además, en este caso el dialectólogo es Manuel Alvar: nadie mejor para contar las propias experiencias, que abarcan una amplísima geografía del ámbito hispánico y que tienen en Aragón un buen punto de referencia, pues aquí descubrió Manuel Alvar su vocación filológica, en el Instituto Goya de Zaragoza; aquí realizó sus primeras encuestas dialectales, guiado por el entrañable mosen Feliciano, párroco de Banaguás, pueblo situado al lado de Jaca; aquí sintió también la primera emoción ante las voces ignoradas que iban afluyendo a su cuaderno de notas: «Era un mundo fascinante el que le descubría mosen Feliciano. En hojas de calendario le apuntaba —día a día— palabras y más palabras; las papeletas del mozo crecían y soñaba con una tesis y con un libro y con ser dialectólogo».

Después aparecerían otros pueblos y otras gentes y las experiencias irían acumulándose. Este libro nos las transmite, entrañablemente contempladas: el Pirineo navarro, Andalucía, las Canarias, las Antillas, México, Colombia, el Amazonas, Guatemala, Brasil, Nueva York... La cadena se interrumpe en este punto —así son los libros y su concreta cronología—, pero podrían ser engarzados otros muchos eslabones (Cantabria, Santo Domingo, Bolivia...), fruto de una dedicación siempre creciente de Manuel Alvar a la Geografía lingüística.

El libro es espejo fiel de unas vivencias que, más allá de la dialectología, nos hablan del talante humano de quien las posee; pero además es el reflejo de un infinito amor hacia las cosas y hacia los hombres anónimos que, con su voz, hacen posible que el esfuerzo del dialectólogo permita conocer, de modo muy preciso, la realidad lingüística; hay en sus páginas, asimismo, alusiones a la complejidad de la investigación de campo («Pues que se cree, ¿que la dialectología se hace como las pintadas o las pegatinas?»), y también a su importancia y utilidad («Un día en el *Atlas de Colombia* habrá un puntito con un número: rojo, naranja, gris, ¿qué más da? Allí, en el Departamento del Meta, estará Puerto López. Tal vez no figuren ni el río, ni los llanos. Acaso un estudioso se inclinará sobre las hojas, extraerá un dato y cerrará el álbum. Será todo. Nadie sabrá lo que ese punto significa, lo que unos hombres trabajaron, sufrieron y se emocionaron para que aquel punto exista»).

El envés de la hoja ofrece, por otra parte, un evidente atractivo literario: su magnífica prosa, llena de cromatismo y de resonancias intimistas, se ve realzada por la presencia de dialectalismos y de formas léxicas tradicionales que Manuel Alvar rescata del olvido.

J. M. E.

M.^a Pilar GARCÉS GOMEZ, *Constitución histórica y estructura actual del léxico aragonés: agricultura y ganadería*, 2 tomos, Madrid, Editorial de la Universidad Complutense, 1988, 772 páginas.

Desde la aparición del primer tomo del *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (ALEANR) en 1979, han sido varias las tesis, de licenciatura o doctorales, que se han basado en sus mapas, con diferencias en los planteamientos y objetivos, y que han puesto de manifiesto las amplias y variadas posibilidades que sus materiales ofrecen al investigador. Con este trabajo, que le permitió alcanzar el grado de doctor en noviembre de 1984 y que ahora ha visto la luz gracias a la Editorial de la Universidad Complutense de Madrid, contribuye M.^a Pilar Garcés al estudio del léxico aragonés, atendiendo a los dos aspectos a que hace referencia el título: su constitución histórica y su estructura actual, tomando como base los mapas lingüísticos dedicados a agricultura y ganadería, que figuran en los tomos I (mapas 11-148), IV (503-557) y V (558-637) del ALEANR.

De manera perfectamente ordenada se sucede el comentario de los distintos mapas, profundizando en cada ocasión en los aspectos más relevantes y atendiendo a los dos planos, significante y significado, de las formas léxicas anotadas. Se estudia la extensión geográfica de cada vocablo, su origen y evolución, y se analizan pormenorizadamente aquellas palabras que revisten más interés y gozan de mayor difusión, entrando, si la ocasión lo requiere, en la discusión de problemas etimológicos (*gayata* 'cayada', *milloca* 'maíz'), mientras que si las voces, por su distribución o historia, son menos importantes, los comentarios figuran en nota (*sellá* 'hacina', *restillo* 'pesebre'). Cabría objetar el hecho de que en algunas ocasiones, sobre todo si se trata de denominaciones aisladas (*amprimar* 'roturar', *zuriaga* 'garrote del pastor'), no figure —como hubiera sido deseable— la más mínima explicación o referencia.

Se procura contrastar, asimismo, el léxico de la región con el normativo contenido en el DRAE, con el de las provincias colindantes y con el de otras zonas hispánicas o románicas, para lo cual la autora maneja una completa bibliografía que incluye *Atlas* lingüísticos, vocabularios y monografías. En cuanto al significado, se presta atención a las diferencias de sentido que se establecen entre el léxico estudiado y el general; se observan los cambios de significación, la ampliación o restricción de valores, el establecimiento de oposiciones desconocidas en la lengua oficial, etc.

Es una constante en esta monografía, tal como se aprecia ya en el título, el intento —plagado de complicaciones— de estructurar el léxico; siempre que es posible, se intenta delimitar las relaciones sistemáticas que configuran un campo semántico, mostrando el núcleo de significación, estableciendo las oposiciones significativas y determinando los rasgos lexicogénicos; pero esta sistematización que —tal como la doctora Garcés observa con total acierto— debe dejar fuera el léxico nomenclator, rara vez puede llevarse a cabo a partir de los materiales de una *Atlas* lingüístico, que no incluye absolutamente todos los elementos de un campo. Por ello, hay que limitarse normalmente a señalar sistemas parciales

y relaciones entre los mapas que están próximos o a marcar el entrecruzamiento de los términos que designan conceptos cercanos. Se observan, de esta manera, diversas relaciones léxicas, sin que pueda llegarse a esa estructura total del léxico de la ganadería y la agricultura.

El pormenorizado análisis de cada uno de los mapas permite a la profesora Garcés obtener unas conclusiones que se refieren a dos parcelas distintas: la dialectológica y la semántica.

En el plano dialectológico, distingue en Aragón dos zonas claramente delimitadas: la nordoriental, más dialectal (que abarcaría Huesca, el este de Zaragoza y el norte de Teruel) y la sudoccidental (que incluye casi toda la provincia de Teruel, así como el centro y sur de Zaragoza). Dentro de estas áreas se individualizan —por su léxico específico— otras menores: el Alto Aragón, la frontera catalanoaragonesa, el centro y suroeste de Zaragoza, o el norte, centro y suroeste de Teruel. Establece, asimismo, las relaciones entre el léxico aragonés y el de la lengua común, y destaca la falta de coincidencia entre la información que el DRAE proporciona acerca de la región aragonesa y lo que el ALEANR pone de manifiesto.

Queda patente, por otro lado, la creatividad de los hablantes, que lleva a establecer distinciones léxicas, a veces inexistentes en la lengua oficial, mediante procedimientos diversos, como el cambio de género (*yermo* 'erial' / *yerma* 'posio') o la derivación (*guija* 'almorta' / *guijón* 'guisante'), por lo que se incluye un apartado destinado a la creación de nuevas palabras mediante prefijos o sufijos. Otras veces se mantiene la forma de la palabra, pero se altera su sentido, con cambios metafóricos (*moño* 'barba de la mazorca') o metonímicos (*dalla* 'guadaña', 'hoja de la guadaña'), en tanto que la búsqueda de una mayor motivación en el lenguaje conduce a denominaciones que son clara muestra de etimología popular (*amanecer* 'cubrir el morueco a la oveja').

Para completar el trabajo, se ha elaborado un número considerable de mapas, en los que pueden observarse de manera clara las distribuciones léxicas, y un mapa-resumen donde quedan reflejadas las áreas establecidas. En las últimas páginas figuran los habituales apartados destinados a bibliografía —muy completa— e índices de siglas, puntos estudiados, mapas analizados y palabras estudiadas.

Parece, pues, una importante aportación, en la que destacan el orden y claridad con que se organizan los materiales y el constante propósito de estructurar el léxico, tarea difícil que M.^a Pilar Garcés lleva a cabo hasta donde es posible, con interesantes sistematizaciones parciales. Contribuye esta monografía a un mejor conocimiento de las variedades lingüísticas aragonesas, a la vez que supera —en el estudio de las relaciones semánticas— los límites regionales con unas apreciaciones de validez general.

R. M. C.

María Angustias LUZON, *Indices léxicos de los Atlas lingüísticos españoles*, en *Español Actual*, 47 (1987). Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1987, 181 páginas.

El desarrollo de la geografía lingüística en España ha sido considerable en los últimos años, y buena prueba de ello es la aparición de nuevos *Atlas* lingüísticos que van cubriendo progresivamente el dominio hispánico y que sirven como punto de partida o de apoyo para numerosos trabajos de todo tipo. Basta, como ejemplo, hojear los últimos números de este *AFA* para valorar la influencia ejercida por el ALEANR sobre la dialectología aragonesa. En este estado de cosas halla plena justificación el hecho de que la revista *Español Actual* ofrezca en un número extraordinario, el 47 (1987), los *Indices léxicos de los Atlas lingüísticos españoles*, elaborados por María Angustias Luzón, acerca de cuyo interés deseamos llamar la atención.

Consiste este libro —tal como su título indica— en unos índices de los términos recogidos en los distintos *Atlas*, mostrando sus correspondencias. Concretamente los manejados son los siguientes: *Atlas Lingüístico de Andorra* (ALA), *Atlas Lingüístico de Cataluña* (ALC), *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Andalucía* (ALEA), *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja* (ALEANR), *Atlas Lingüístico-Etnográfico de las Islas Canarias* (ALEICan), *Atlas Lingüístico-Etnográfico de Santander* (ALES), *Atlas Lingüístico de los Marineros Peninsulares* (ALMP), *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* (ALPI), *Atlas Lingüístico del Valle de Arán* (ALVA).

Figuran en el índice los encabezamientos de todos los mapas, incluso si sólo constan en uno de los *Atlas*, y así se leen palabras, expresiones, conceptos que carecen de una denominación específica en la lengua oficial, al igual que referencias a los mapas fonéticos, gramaticales o puramente etnográficos. Cuando se trata de *Atlas* no redactados en castellano se traducen los términos, aunque manteniendo en el lugar correspondiente el vocablo originario. Así, por ejemplo, *abeja* figura —indicando *Atlas*, tomo y mapa— en ALA, 7; ALC, I, 6; ALEA, II, 624; ALEANR, XI, 1430; ALEICan, II, 470; ALPI, I, 6; ALVA, 5. Además, en *abella* se repiten las referencias de ALA, 7; ALC, I, 6; ALVA, 5, pero siempre, buscando el término español, se encuentran las correspondencias.

De esta manera se dispone en un solo volumen del índice de todos los *Atlas* lingüísticos señalados y, lo que es más importante, de sus respectivas relaciones, lo que contribuye —tal como señala Manuel Alvar en la presentación— a ahorrar muchas horas de trabajo y a facilitar la tarea de los investigadores que deseen aproximarse a los distintos *Atlas* en busca de información.

Sea, pues, bienvenido este libro, caracterizado por su utilidad práctica, ya que evitará en el futuro la necesidad de acudir a los distintos índices particulares de cada *Atlas*, proporcionando de esta manera un considerable ahorro de tiempo y esfuerzo.

R. M. C.

RESEÑAS

Antonio BELTRAN MARTINEZ (director), *Folklore y música*. Tomo I de la *Enciclopedia temática de Aragón*. Zaragoza, Ediciones Moncayo, 1986, 295 páginas.

El volumen *Folklore y Música* constituye el primer tomo de la *Enciclopedia temática de Aragón* que está siendo publicada desde 1986 bajo la dirección editorial de Javier Arbués y la artística de Natalio Bayo.

La presente obra, dirigida por Antonio Beltrán Martínez, está estructurada, como su título indica, en dos partes: una, dedicada al folklore y a la cultura popular aragonesa realizada por este mismo autor, y otra, a la historia de la música en Aragón, por Juan José Carreras López, con el apéndice de Luis Miguel Ballabriga Pina sobre la música popular de esta región.

En la sección correspondiente al folklore, se estudian los principales aspectos de la vida popular aragonesa a través de las diferentes manifestaciones culturales de ésta: vivienda, indumentaria y adorno, alimentación y cocina, fiestas, bailes, cantos y dance, cuentos, romances y literatura popular, religión, creencias y supersticiones, ciclos vitales y costumbres pastoriles, agrícolas y artesanas. El autor realiza, en primer lugar, una caracterización global de los diversos aspectos enumerados en toda la región, para, posteriormente, distinguir zonas y tipos concretos dentro de cada uno de ellos, atendiendo a las tradiciones e influencias prehistóricas e históricas que los han conformado, así como a los mitos y ritos que han asimilado. Resulta particularmente interesante, desde el punto de vista lingüístico, esta parte de la obra, ya que la descripción de las manifestaciones folklóricas recoge y tiene en cuenta los términos autóctonos que los hablantes de cada comunidad emplean para referirse a las mismas.

El apartado dedicado a la música es una síntesis de la historia de ésta en Aragón desde la implantación del canto gregoriano en época medieval hasta los acontecimientos musicales de los últimos años de nuestro siglo. La exposición que el autor realiza no es una simple enumeración de las personas, las obras y las fechas que han tenido una mayor relevancia en el mismo, sino que pone de manifiesto aquellos hechos que permiten comprender el significado que la música ha tenido en cada momento dentro de la cultura de Aragón, dedicando especial atención al origen, funcionamiento y trascendencia de las instituciones musicales (capillas catedráticas, agrupaciones corales, Escuela de Música, Conservatorio) en el seno de la sociedad aragonesa. Este estudio, centrado, sobre todo, en la música de carácter erudito, se completa con un capítulo final dedicado a la canción popular y a los cantautores, lo que ofrece una perspectiva global del tema.

El contenido, estructura y organización de la obra, dentro de la más pura tradición del saber enciclopédico, así como el cuidado material fotográfico que presenta, permitirán al lector acceder a un conocimiento global de la cultura popular y musical aragonesa, a partir del cual podrá, sin duda, profundizar en aspectos concretos y puntuales de la misma.

M. P. B.